

El fundador de la República china.

AUTOBIOGRAFIA DEL DR. SUN YAT SEN

Sea cual fuere la suerte que el porvenir reserva á Sun Yat Sen, el fundador de la república china, no puede negársele que tiene derecho para ser considerado como uno de los más grandes hombres del mundo, siquiera como organizador que ha sido de la revolución más grande, medida por el número de almas en ella interesadas, que ha ocurrido en la historia. Por desgracia, esto de ser hombre célebre tiene sus inconvenientes, y uno de ellos lo constituyen las mil patrañas que la prensa mundial se apresura á acumular sobre la cabeza de aquel que por cualquier medio conquista la celebridad. Sun Yat Sen no es una excepción á la regla. De él se ha dicho que tenía sangre malaya, que su padre ó su madre eran japoneses, y hasta que había nacido en Honolulu. Todo esto y otras muchas invenciones, lo desmiente rotundamente el caudillo de la nueva República en su autobiografía, que acaba de publicar la revista londinense *The Strand Magazine*. De ella extractamos los principales párrafos, que resumen la historia del famoso político chino.

Hasta 1885, cuando cumplí los diez y ocho años, mi vida fué la de cualquier joven chino de mi clase, aparte de que, por haberse convertido mi padre al protestantismo y haberle dado un empleo la Sociedad Misionera de Londres, tuve mucho trato con los misioneros ingleses y norteamericanos de Cantón. El Dr. Kerr, de las misiones anglo-americanas, me buscó un empleo y fomentó mi afición á la medicina, y cuando supe que iba á abrirse en Hong-Kong una escuela de médicos, me presenté en seguida al rector y solicité ingresar en ella.

Allí pase cinco años, y en 1892 obtuve el título de licenciado, que me permitía ejercer, decidiéndome á hacerlo en la colonia portuguesa de Macao. Hasta entonces, la política me había interesado poco, pero una noche vino á visitarme un joven comerciante, próximamente de mi edad, que me preguntó si sabía las noticias de Pekín: que los japoneses iban á penetrar en el país. Contesté que sabía muy poco, y eso por mis amigos ingleses.

—Nos tienen en un estado tal de ignorancia!—añadí:—El emperador debía confiar más en su pueblo.

—„Tien ming wu chang” (El derecho divino no será eterno),—dijo mi amigo.

—Cierto—agregué yo,—y como ha dicho nuestro escritor sagrado, Shun, el cielo oye por los oídos de mi pueblo.

Aquella misma noche me apunté como miembro del partido de la Joven China. Pronto formé escue-

la en torno mío, y nos pusimos á trabajar activamente. Cierta día, un mandarín me dijo:

—Sun, sepa usted que está vigilado.

—¿Cómo es eso?—pregunté.

—Se ha enviado su nombre á Pekín. Tenga usted cuidado.

Después de la guerra sino-japonesa, las tropas que habían ido de Cantón fueron licenciadas, pero en vez de volver pacíficamente á su trabajo, se unieron á nuestro partido. Ac-

más, la policía de Cantón, que no cobraba, se dedicó á saquear la ciudad. Los habitantes celebramos un mitin, y una comisión de más de quinientos ciudadanos, fué á ver al gobernador en son de protesta. El gobernador dijo que aquello era una rebelión, y ordenó que se detuviese á todos los sospechosos. Yo escapé. Era mi primera fuga; luego he corrido muchas aventuras del mismo género. Algunos de mis compañeros no fueron tan afortunados, y en el deseo de rescatarlos de las garras de las autoridades, concebimos un atrevido plan. Queríamos nada menos que hacernos dueños de la ciudad, y no entregarla hasta que se atendiesen nuestras quejas y se nos relevase de algunos impuestos. Para ello, necesitábamos el auxilio de algunas tropas de la provincia de Suaton, igualmente descontentas. Empezamos á reunir armas y municiones, incluso dinamita. Todo estaba ya dispuesto, y esperábamos

una noche que el movimiento empezaría á la mañana siguiente, cuando recibí este telegrama del jefe de las fuerzas de Suaton: “Tropas imperiales alerta. Imposible avanzar”. ¿Qué hacer? Sobrevino el pánico; todos nuestros papeles fueron quemados, las armas enterradas. Yo estuve unos días escondido en los canales del delta del Kuangtung, y por fin, en una lancha de vapor de un amigo mío, pude llegar á Macao, donde tuve el placer de leer una proclama ofreciendo 10.000 taels por la captura de Sun Wen (yo mismo), y de saber que la policía había salido al encuentro del vapor de Hong Kong y había detenido á todos los pasajeros. Así terminó la conjura de Cantón de 1895.

Desde entonces anduve fugitivo. Por fortuna, mis amigos me proveían de fondos, y jamás me faltaron.



EL DR. SUN YAT SEN

Entonces, aparte de los gastos de viaje, mis necesidades eran pocas. Con frecuencia he pasado semanas enteras sin más que un poco de arroz y agua, y he recorrido muchos centenares de kilómetros á pie.

En Kobé di un gran paso: me corté la coleta. Durante algunos días no me había afeitado la cabeza, y me dejé crecer el bigote. Después fui á un almacén de ropas y me compré un terno de japoneses moderno. La naturaleza me favoreció; soy más moreno de rostro que muchos chinos, lo cual heredé de mi madre, y no tuve dificultad en pasar por japonés. Gracias á esta circunstancia he escapado de muchos peligros.

Estuve en el Japón, en Honolulu y en San Francisco, y gocé de una especie de paseo triunfal por América, aunque lo amargó la noticia de que el embajador chino en Washington trataba de secuestrarme. Yo sabía lo que me esperaba si me llevaban á China; primero me descoyuntarían los tobillos en un cepo, y me los romperían á martillazos; luego me cortarían los párpados, y por último me harían picadillo para que nadie pudiese reclamar mis restos. El antiguo código chino no se inclina jamás en favor de los agitadores políticos.

Me embarqué para Inglaterra en Septiembre de 1896, y el 11 de Octubre fui secuestrado en la legación china en Londres, por orden de nuestro embajador. Durante doce días me tuvieron encerrado, hasta que conseguí hacer llegar una nota á un antiguo amigo mío, el Dr. Cantlie, rector que fué del colegio de medicina de Hong Kong. Este puso en movimiento la prensa y la policía, intervino Lord Salisbury, y se me puso en libertad.

Mis amigos siempre temieron por mi seguridad. Yo, por un resto de fatalismo de raza, no me preocupé jamás de esto. En Nankín, una madrugada, vino un hombre á mi camarote, á bordo de un junco.

—Sun—me dijo,—soy pobre y tengo mujer y muchos hijos.

—Comprendo. Quieres decir que te han ofrecido cien duros para que me entregues.

—Más que eso.

—¿Mil?

—Cinco mil, Sun. La emperatriz te aborrece y hará que te corten la cabeza, y no servirá de nada para nadie. Dámela, y nosotros seremos ricos y felices.

—¡Vamos!—dije.—¿Conque mi cabeza no me sirve á mí, y vale mucho para ti? Si me haces traición, los mandarines te sacarán los cuartos que ganes y tus hijos seguirán siendo pobres. Mira, mi cabeza es tuya. ¿Quieres cinco mil "hang". Corre á decir á tus amos que estoy aquí.

El infeliz cayó á mis pies y me pidió perdón. Al otro día me dijeron que se había ahogado en el río, después de decir que no podía sobrevivir á la vergüenza de haber pensado en entregarme.

Pero mi aventura más extraordinaria ocurrió en Cantón, cuando dos jóvenes oficiales vinieron á prenderme. Era de noche, y yo estaba en mi cuarto leyendo. Fuera había una docena de soldados, y empecé á leer en voz alta. Me escucharon, y luego uno de ellos me hizo una pregunta. Les contesté, y así seguimos hablando, hasta que les expuse mis ideas y las de los miles de seres que pensaban como yo.

Al cabo de dos horas se fueron, y les oí decir en la calle: "Este no es el hombre que buscamos; es una excelente persona, que pasa la vida curando enfermos..."

bre que buscamos; es una excelente persona, que pasa la vida curando enfermos...

Ocurra lo que ocurra en China, yo he cumplido mi misión. La ola de luz y de progreso no puede ser detenida, y China, el país más idóneo para la república, por el carácter industrioso y dócil de su pueblo, podrá dentro de poco ocupar su puesto entre las naciones libres y cultas del mundo.

Sun Yat Sen
孫逸仙



SUN YAT SEN EXPLICANDO SUS IDEAS Á LOS OFICIALES QUE VAN Á PRENDERLE

(Dibujo de un artista chino).



LA TARIFA DE LA CLAQUE

La "claque" francesa tiene la siguiente tarifa que impone el director á los artistas del teatro en que impera como supremo distribuidor de las ovaciones.

Dice así este arancel de la gloria:

Por una salva de aplausos sencilla, 5 francos; por un fd. fd., prolongada, 20 francos; por tres salvas de aplausos, 25; por una llamada á escena, 25; por un número ilimitado de llamadas, 50; rumores de horror, 5; ovación contrarrestada por una parte hostil del público, 32; rumores de regocijo, 5.